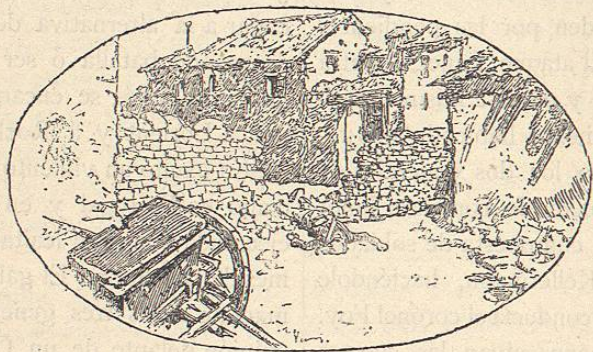


car la mayor parte de ella en la isla de Fionia, posesión de Dinamarca, en donde se encontraba prisionera entre el cuerpo de Bernadotte y el mar. Pero esas ingeniosas precauciones que debían tener por efecto hacer perecer más pronto á soldados poco preparados para vivir en esas heladas regiones, fueron para mayor confusión del tirano, pues es precisamente gracias al mar como La Romana pudo escapar.

Habiendo entablado diligencias con el comandante de un crucero inglés, apoderóse de Nyborg y de Langeland y se dió á la vela el 13 de Agosto con 10.000 hombres. Los otros 5.000 que formaban su cuerpo de ejército, no consiguieron embarcarse á tiempo. A esto es á lo que Napoleón y sus apologistas han llamado «la traición de La Romana!»

En un mes, del 15 de Julio al 20 de Agosto, aca-

baba Napoleón de recibir más contratiempos de los que hasta aquí había sufrido durante toda su carrera. Rechazado de delante Valencia y Zaragoza, aplastado mejor que no batido en Bailén, arrojado, en fin, de toda la península hasta el Ebro, había visto á sus ejércitos deshonrados en un país sin organización y sin ejércitos, en el pueblo cuyas fuerzas militares más desdenaba, y del que ocupaba todo el territorio. Esta nación que tan bien había encadenado en un primer momento de sorpresa, había hecho un gesto, y con un solo golpe lo había hundido todo. El imperio recibía por ello una herida en mitad del corazón; ¿qué era, en efecto, el imperio mas que una larga serie de sorpresas? Esta derrota que tan penosa hubo de ser para su orgullo, se la ha llamado ¡una espaciación!



## CAPITULO XVIII

### EUROPA DESPUÉS DE BAILÉN

Causas del grande efecto que causa en Europa el desastre de Bailén.—Quién daba la lección á Europa.—Inglaterra se decide por España.—Efecto que causan en Alemania los sucesos de España.—La nación alemana.—Sentimiento de la unidad alemana.—Su engendro.—Arndt y la *Tugendbund*.—El mayor Schill y la guerra de guerrillas en Alemania.—Organización de sociedades secretas.—Sus principales jefes.—El barón Stein y el conde Stadion.—Reformas políticas y sociales del barón Stein.—Quiere emancipar el tercer estado prusiano.—Abolición de las prestaciones personales.—Reformas en la propiedad.—Democratiza á la aristocracia.—Si Prusia debió su salvación á estas *Ordenanzas de Memel*.—Lucha de Stein con los franceses.—Organiza la resistencia contra la administración francesa.—Extiende Stein su acción por Alemania entera.—Pónese en relaciones con el príncipe de Sayn Wittgenstein.—Descubren los franceses sus manejos.—Hácelos públicos Napoleón en el *Moniteur*.—Exige Napoleón la destitución de Stein.—Stein se retira del gobierno.—Confiscale Napoleón sus bienes en Westfalia.—Impone Napoleón á Prusia condiciones humillantes para la evacuación del país.—Aceptalas el príncipe Guillermo.—Convención de 8 de Setiembre de 1808.—Scharnhorst continúa la obra de Stein en el Ministerio de la guerra.—Abre al pueblo los grados superiores.—Cómo organizó un ejército de doscientos mil hombres.—Cómo el conde Stadion en Austria procuraba regenerar al país.—Resistencia de la aristocracia austriaca.—Organización del ejército austriaco: el príncipe Carlos.—El sentimiento patriótico en Austria.—Despierta por primera vez.—Alármase Napoleón por los armamentos de Austria.—Sus reclamaciones.—Contestación de Metternich: 22 de Julio de 1808.—Cómo llevó Napoleón las negociaciones para provocar un conflicto.—El 15 de Agosto de 1808.—Provoca Napoleón á Metternich.—Acusa Napoleón á Austria de ingratitud.—Efecto que causa en Roma el levantamiento de España.—Apodérase Napoleón de las provincias romanas.—Ocupa la ciudad de Roma: 2 de Febrero de 1808.—Expulsa á los cardenales de Roma.—Incorpora al ejército francés el ejército romano.—Ocupa el Quirinal.—Detención del Papa: 7 de Abril de 1808.—Instrucciones al príncipe Eugenio.—Anula Napoleón la donación de Carlomagno.—Publica el general Miollis en Roma.—Llega tarde la contraorden de Napoleón.—Detención del secretario de Estado, Gabrielli.—Estalla la resistencia pasiva en Roma contra los franceses.—El cardenal Pacca.—Proyecta el Papa excomulgar á Napoleón.—Temores de Napoleón.—Resuelve estrechar su alianza con Rusia.—Descontento de Alejandro.—Disgusto de los rusos.—Promete Napoleón á Tolstói satisfacerles en todo.—Atenta solicitud de Napoleón por los rusos después de Bailén.—Preliminares de la entrevista de Erfurt.—Que todo debía esperarse del pueblo español.—Resuelve Napoleón dar un gran golpe en España.—Comunica Napoleón á las Asambleas francesas los tratados de Bayona.—Moralidad de la política imperial.—Acusa Champagny á los españoles de ingratitud.—Clarke pide una quinta de ciento cincuenta mil hombres.—Mensaje de Napoleón al Senado.—Discurso de contestación: Lacépède.—Servilismo de la época.—Cómo distribuyó Napoleón sus fuerzas militares.—Quiere entrar en España al frente de doscientos mil hombres.—Organización del ejército de España.—Cómo se propuso Napoleón mantener el entusiasmo en el ejército.—Recelos de la corte rusa al partir para Erfurt el emperador Alejandro.—Lo que esperaban los rusos del emperador y de España.—Proyectos de Napoleón.—La entrevista de Erfurt: día 27 de Setiembre.—Esplendidez de Napoleón.—Fiestas públicas.—Alemania en Erfurt.—Amarguras patrióticas.—Goethe y Wieland en Erfurt.—Cómo Goethe hizo su defensa.—Por qué se ha perdonado á Goethe su debilidad.—Su entrevista con Napoleón.—El tratado de Erfurt.—Romanzoff.—Obtiene Rusia los principados danubianos.—Negociaciones matrimoniales.—Excusase Alejandro.—La gran duquesa Catalina.—Cómo se aprovechó Talleyrand.



A noticia de las capitulaciones de Bailén y de Cintra produjeron en toda Europa una sensación inexplicable. Para darse de ello una justa idea, es necesario recordar los mortales desfallecimientos, el abismo de descorazonamiento en que tantas decepciones y derrotas

sucesivas habían hecho caer á todos aquellos que habían esperado su liberación de las combinaciones políticas y militares de los gobiernos. Oscurecida un instante en Eylau la estrella de Napoleón, había reaparecido más brillante que nunca. Los más perseverantes estaban prostrados, consideraban la lucha

como acabada. Esta colosal dominación, apoyada desde luego en la sola potencia que hubiese podido oponerle obstáculo, parecía tener la fatalidad de las leyes inflexibles de la naturaleza y de la historia. Eran los tiempos desesperados del imperio romano los que volvían; era necesario vivir, era necesario resignarse á la sofocación, renunciar á combatir contra la fuerza de las cosas.

Y, en un día, ese terrible sueño se había disipado, y renacía la esperanza. La grande lección que España acababa de dar al mundo, era tanto más comprensible, cuanto que era precisamente aquella de que Europa tenía más necesidad. En España, en efecto, no era el gobierno, sino la nación quien lo había hecho todo. Se estaba descorazonado, abatido, porque todos los esfuerzos de los gabinetes habían miserablemente fracasado: y bien la revolución española decía á los pueblos: «Vuestra salvación está en vosotros solos.» Decía á los individuos: «No cuentéis sino en tú mismo y tú vencerás;» y en apoyo de esas palabras, presentaba sus obras. Lo que todos los gobiernos coaligados europeos no habían podido hacer en ocho años de guerra, lo había hecho una campaña con algunos puñados de insurgentes. Había por dos veces infligido á sus tan temibles águilas la más sangrienta humillación que hubiese jamás sufrido un ejército francés. Los resultados materiales de esta victoria eran bastante hermosos, puesto que la invasión de un solo golpe se había rechazado hasta los pies de los Pirineos, pero su efecto moral era incalculable.

Esta enseñanza no tenía necesidad de comentarios; brillaba como el rayo en medio de las tinieblas, y hería la vista de todos. El encanto se había roto para siempre; el punto débil del coloso se había descubierto; el vencedor de los reyes, no era aún el vencedor de los pueblos; la partida tantas veces perdida contra él debía comenzar de nuevo abriendo otro juego. Inglaterra resolvió desde luego unirse estrechamente á España. Trájele en seguida subsidios, armas é inmensas provisiones de guerra. Con una actividad desconocida procuró el embarque de sus tropas, siempre lentas en moverse; y se mostró decidida á defender el suelo de la península como si fuera su propio territorio.

En Alemania, el eco de los sucesos de España fué una especie de sacudida eléctrica que dió nacimiento á una cosa que hasta entonces no había existido, *la nación alemana*.

El grande renacimiento intelectual de Alemania del siglo XVIII había, sin duda, preparado el camino constituyendo la personalidad moral de ese pueblo;

pero es en medio de los dolores de la conquista y de la ocupación extranjera como se cumplió ese glorioso engendro, y que la palabra «patria alemana» fué por la primera vez pronunciada en el mundo. Todos los antiguos antagonismos, todos los rancios rencores entre la Alemania del Norte y la del Mediodía, entre los grandes y pequeños Estados, entre los príncipes y la antigua nobleza inmediata, entre el noble y el burgués, entre la casa de Austria y la casa de Brandeburg, desaparecieron momentáneamente para dar lugar á un sentimiento único, el odio de la dominación francesa. La iniciativa no pertenece á ninguna clase en particular, fué universal y simultánea. Es un profesor de filosofía, Mauricio Arndt, quien funda la *Tugendbund*, esta «liga de la virtud,» en la que se inscribían á la vez artesanos y grandes señores, militares y burgueses. La experiencia lo había demostrado, las costumbres y la naturaleza del país eran eminentemente desfavorables á una guerra de guerrillas. El mismo intrépido mayor Schill había tenido que reconocer esta verdad, después de esfuerzos tan heroicos como desesperados, al querer organizar la insurrección de Prusia durante la campaña de Polonia. La ocupación francesa, había, por otra parte, gracias á la confederación del Rin y al enorme número de tropas, arraigado mucho más en Alemania que en la península. Esta grande insurrección nacional vióse obligada á obrar en estado lento y de disfrazarse bajo forma de sociedades secretas.

La organización de la *Tugendbund* era bastante parecida á la que más tarde adoptó la *Carbonería*. Un Comité central, colocado fuera de los alcances de la policía imperial, dirigía de lejos la asociación que se fraccionaba en multitud de comités particulares. Los comités provinciales estaban sin comunicación entre sí, de modo que el descubrimiento de unos, no podía en ningún modo exponer en nada la seguridad de los otros. La asociación se propagaba así de uno á otro hasta á las provincias de la Confederación del Rin; preparaba sus fuerzas silenciosamente y esperaba la hora del levantamiento nacional. Los más grandes como los más humildes tenían á honra ser sus afiliados. Los antiguos ministros Hardenberg y Scharnhorst, los generales Blucher y Gneisenau, el duque de Brunswick Oels, el mayor Schill, el doctor John, son sus miembros más activos. Pronto se cubrió el suelo de la vieja Germania de asociaciones análogas, que vinieron después á juntarse á esa asociación madre. La acción de los gobiernos reducida como la de los particulares al disimulo, al empleo de medios reser-

vados y clandestinos, secunda admirablemente esta vasta conspiración. Tiene por servidores dos ministros, cuya firmeza de carácter iguala la alta inteligencia: en Prusia, el barón de Stein, en Austria el conde de Stadion.

Parece que el barón de Stein, fué de todos sus compatriotas, el que primero comprendió que Alemania solo podía salvarse por medio de un gran levantamiento nacional. En todo caso, no se le puede negar la gloria de haber sido un promovedor más atrevido, más perseverante y más hábil. Ese gran ministro fué, pues, también un gran ciudadano. Sintió que para remover fuertemente las masas populares hasta entonces desheredadas de toda participación en los grandes intereses del país, era necesario llamarles á la vida pública, sintió que no se hacen patriotas con hombres adheridos á la gleba, y que era necesario aprovechar esta ocasión única para imponer á la nobleza el sacrificio de sus principales privilegios. Sobre todo, quería que fuera el preludio de la guerra de la independencia el de la emancipación del tercer estado prusiano. Es con hombres libres como quiere combatir el despotismo de Napoleon. Así, borra de la legislación prusiana los últimos vestigios de la servidumbre, y hace del campesino un ciudadano. Abule las prestaciones personales; autoriza á los grandes propietarios para que puedan dividir las grandes posesiones; concede á los municipios el derecho de administrarse por sí mismos, atribuyendo el nombramiento de sus consejos municipales, transformándoles así en otros tantos pequeños centros llenos de vida, de actividad y de emulación cívica. Concede á los burgueses la facultad de adquirir la propiedad territorial, hasta aquí exclusiva de la nobleza, y abre á los nobles el acceso de las profesiones industriales y comerciales, tolerancia que les era odiosa, porque era un signo de igualdad. Tal fué el objeto de las tres ordenanzas de Memel, decretos salvadores, dados desde el mes de Octubre y de Noviembre de 1807, y á las cuales debió Prusia haberse sostenido como nación. Y todas esas reformas que son una revolución, se operan sin miedo, sin brillo, sin ninguna de esas recompensas de popularidad tan caras á los tribunos vulgares.

Stein, á la vez que lleva su atrevida mano sobre los viejos abusos, lucha obstinadamente contra las exigencias francesas en la fijación de las contribuciones de guerra que Napoleon va alargando desde Tilsit, á fin de poder ocupar más tiempo el territorio prusiano. Organiza contra la administración francesa en Prusia una resistencia sorda y pasiva

que se oculta cuando se la denuncia, y que, haciéndose sentir por todas partes, paraliza todos sus esfuerzos. Esta singular conspiración era tanto más fácil de disciplinar, cuanto que tenía por instrumentos á los mismos administradores; pues Napoleon al confiar la administración de Prusia á su representante Daru, habíase visto obligado á conservar la mayor parte de los empleados prusianos. Las órdenes de Daru no eran jamás discutidas, pero no se ejecutaban ó se las ejecutaba al revés fingiendo haberlas comprendido mal. De aquí discusiones incesantes, dificultades sin cesar renacientes que irritaban profundamente á los pueblos prusianos, ya exasperados por cargas terribles que se hacía pesar sobre ellos.

La esfera de acción del barón Stein no se limitaba á Prusia; trabajaba eficazmente para extenderla por toda Alemania, y principalmente por las provincias que estaban unidas al imperio francés: «La exasperación aumenta todos los días en Alemania, escribía el 15 de Agosto de 1808 al príncipe de Sayn Wittgenstein, que se encontraba á la sazón en los baños de Meklemburg. Es necesario alimentarla y procurar trabajar á los hombres. Yo quisiera que se pudieran establecer relaciones en Hesse y en Westphalia, que la gente se preparase para ciertas eventualidades, que se procurasen establecer relaciones con hombres de energía y de buena voluntad... Los negocios de España causan aquí una impresión muy viva. Prueban lo que desde hace mucho tiempo se hubiera debido prever. Sería muy conveniente que de una manera prudente se difundieran tales noticias...» Esta carta que llevaba el Sr. de Koppe cayó en manos de los franceses en Spandau apresurándose el mariscal Soult á mandarla á Napoleon.

Bien que no levantase mas que una punta del velo, decía lo bastante para ilustrar al emperador sobre la gravedad de los sucesos que se preparaban en Alemania. Pero infatuado de orgullo y enteramente absorbido por sus proyectos de vengarse de España con un castigo ejemplar, no vió en la carta de Stein mas que un medio perentorio de acabar con las objeciones que Prusia oponía á sus peticiones pecuniarias, y de obligar al rey Federico Guillermo á despedir á su ministro.

Obligado de momento á retroceder para concentrar todas sus fuerzas contra los españoles, aprovechó de este incidente para hacer su retirada del mejor modo posible. Sirvióse, pues, de la carta, pero desdeñó la advertencia que contenía. Hízola imprimir en el *Moniteur* aportillándola con las si-